

no de Oro, que figuraba en el manual de la niñez— Borges había comentado el curioso relato novelesco de William Morris, *The Life and Death of Jason* (1867) en su ensayo «El arte narrativo y la magia» (1932) recogido en *Discusión*.

Hay numerosos motivos clásicos recontados en el *Libro de los seres imaginarios* (antes *Manual de zoología fantástica*) y algunos en su *Libro de sueños* (1976), buenas muestras de esa afición de Borges a las antologías y los resúmenes. En el primero encontramos todos los monstruos de la mitología griega (centauros, esfinges, sátiros y sirenas, la Hidra de Lerna, la Quimera, el inolvidable Minotauro) y algunas extrañas criaturas testimoniadas por Plinio (como el basilisco y el catoblepas) o Heródoto (los Grifos y el Ave Fénix). En el segundo se catalogan sueños de la *Iliada* y la *Odisea* y el «Sueño de Escipión» relatado por Macrobio. El gusto de Borges por las enumeraciones y por los artículos de las enciclopedias se une a su claro estilo y a una notable originalidad en el enfoque, en algunos casos. (Véase, p.e., el artículo «Monóculos» dedicado a los Cíclopes).

Es interesante notar que en la selección de su «Biblioteca personal» —que incluye unas sesenta y tantas obras— no hay más que tres autores clásicos: Eliano, Heródoto y Virgilio (la *Eneida*). Es curioso encontrar ahí a los dos primeros (a Eliano lo cita sólo una vez en el *Libro de los seres imaginarios*, donde Heródoto es citado 4 veces; Heródoto es citado un par más en otros libros). No nos sorprende encontrar ahí a Virgilio, con un prólogo muy afectuoso; sí, en cambio, no encontrar en la serie de lecturas preferidas, la *Odisea*. Se me ocurre una posible explicación: la había leído en inglés y la tenía en inglés, y no apreciaba ninguna traducción castellana de Homero (él, que comentó «las versiones homéricas» inglesas). La «Biblioteca personal» responde a una propuesta editorial argentina, en un momento de alto prestigio de nuestro autor, y es bastante arbitraria. Pero recoge libros leídos por Borges muchos años antes —con esa lealtad tan suya— y otros más recientes. Es interesante que ahí estén *Los mitos griegos* (en su versión breve) de Robert Graves.

El laberinto

Son de evidente origen helénico algunos de los más persistentes motivos del pensamiento de Borges: el laberinto, un tema mítico que se configura en metáfora obsesiva, y las aporías de Zenón: la flecha inmóvil y la tortuga perseguida por Aquiles. Los ejemplos del filósofo eléata serán el punto de partida para una refutación del tiempo. Podría añadirse también el tema del tiempo circular y la teoría del eterno retorno, atribuida a Pitágoras o a los estoicos. Y el río de Heráclito.

Son bien conocidos los ensayos en que Borges explora las reinterpretaciones de esas ideas filosóficas, siguiendo su rastro en otros pensadores europeos. Borges recu-

pera literariamente esos temas metafísicos y aproxima la metafísica a la imaginación fantástica. (Este aspecto de su obra está bien estudiado)⁹.

También está muy comentada y analizada su visión del mundo como laberinto. Incluso su obsesión con esa metáfora, expresada reiteradamente en algunos relatos breves y aludida en muy numerosos versos. Ana María Barrenechea, Anderson Imbert, Alazraki, y otros¹⁰ han comentado muy sagaz y certeramente las implicaciones y sentidos de esta pesimista visión del mundo, como infinita trampa de un ser solitario, prisión engañosa, biblioteca babélica. No insistiremos en esos aspectos. Nos limitaremos a señalar algunos textos poéticos en que queda más destacado su origen mitológico griego, y citaremos algunos poemas recientes, menos conocidos por ese motivo.

En cuanto a sus orígenes en la biografía de Borges, remitimos a las páginas que le dedica Emir Rodríguez Monegal en *Borges. Una biografía literaria* (trd. esp.^a, México, FCE, 1987) en el capítulo titulado «El habitante del laberinto»¹¹. Como otros ya habían advertido, se subraya que Borges se identifica con el monstruo prisionero, Asterión, y no con el héroe Teseo. (Quizá también él viera a su hermana Norah como una mágica Ariadna, sugiere al margen Rodríguez Monegal, pero es dudoso). La insólita perspectiva de «La casa de Asterión» (en *El Aleph*, 1949) puede contrastarse con el sencillo resumen del mito griego, extraído de Apolodoro, en el *Libro de los seres imaginarios*, aquí titulado «El Minotauro». Es curioso el final, que relaciona el mito con los sueños, con una pesadilla más antigua y angustiosa: «Probablemente, la fábula griega del Minotauro es una tardía y torpe versión de mitos antiquísimos, la sombra de otros sueños aún más horribles».

«Queda bien que en el centro de una casa monstruosa haya un habitante misterioso», comenta Borges acerca del relato mítico. Son muchas las formas del laberinto en los textos borgianos: un inmenso palacio o una intrincada cueva, un jardín de senderos bifurcados, una babélica biblioteca, un desierto, el mar, un libro de arena, una línea recta. El monstruo del laberinto es el poeta, ciego, solitario, amenazado por la muerte, esperando un destino imprevisto. La «simpatía con el Minotauro» —de que habla Anderson Imbert en su análisis de «Asterión»— es el rasgo más marcado del cuento borgiano: «simpatía» en su sentido etimológico, no sólo «compasión» sino coincidencia afectiva. Es Asterión quien refiere la historia, desde su angustiosa espera. Borges es Asterión, como señalan los comentaristas. Pero también el lector lo es, huésped de su propio laberinto, como Borges sugiere. Todos lo somos.

Hay en *Elogio de la sombra* dos poemas sobre el mismo motivo («El laberinto» y «Laberinto»). Como Guillermo Sucre anota, el primero es «como la transposición poética de “La casa de Asterión”» —a unos veinte años de distancia—; en el otro, el mítico palacio con sus circulares galerías, pasillos y recovecos, se ha desvanecido, como la figura del monstruo medio toro. «El laberinto es todo el universo y no deja de ser revelador que la *persona* que habla en él sea un *yo* que se desdobra en un *tú*. Dice: “No habrá nunca una puerta. Estás adentro/ y el alcázar abarca el universo./ Y no tiene anverso ni reverso/ ni externo muro ni secreto centro”. El laberinto es

⁹ Desde el excelente trabajo de Ana M.^a Barrenechea, *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges*, Buenos Aires, 1967.

¹⁰ Ana M.^a Barrenechea, op. cit., págs. 77-82; E. Anderson-Imbert, «La casa de Asterión», en J. Alazraki, ed., J.L. Borges, ya cit., págs. 135-43, y J. Alazraki, «Tlón y Asterión: metáforas epistemológicas», en id., págs. 183-200. Cf. también E.R. Monegal, op. cit., págs. 42-48, y Guillermo Sucre, *Borges el poeta*, Caracas, 1974 (2.^a ed.), págs. 111 y ss., y las numerosas páginas sobre el laberinto en Cristina Grau, *Borges y la arquitectura*, Madrid, 1989.

¹¹ Cf. nota anterior.

el universo y el caos. Además, ya no hay en él monstruos: "No existe. Nada esperes. Ni siquiera/ en el negro crepúsculo la fiera"¹².

El laberinto, que era un elemento del mito griego, y también un reflejo fantástico de un vasto palacio de innumerables y misteriosas galerías, en Cnoso, en la antigua Creta, donde hubo un culto del toro y ritos taurinos con intrincadas danzas, ha devenido un símbolo y una metáfora. En la evocación de Borges el cautivo Minotauro ocupa el centro del relato, es la oscura voz que cuenta su encierro y su agónica espera del Otro. En el mito griego es Teseo el gran héroe quien protagoniza el encuentro con el monstruo, el protagonista auténtico de la aventura. Una vez más, Borges se pone del lado del perdedor. (Él mismo nos ha contado los orígenes anecdóticos de esa perspectiva: un cuadro del pintor inglés Watts, que representa al Minotauro solitario contemplando el mar desde los muros de su laberinto. Lo interesante es observar cómo el narrador ha trascendido ese melancólico motivo).

Al margen de esa visión quedan Teseo y Ariadna. Aunque en «La casa de Asterión» sea el héroe quien dice las últimas palabras. (Por las que el lector que hubiera pasado por alto la cita inicial de Apolodoro identifica, al final, el mito). Dicen:

—¿Lo crearás, Ariadna? —dijo Teseo—. El minotauro apenas se defendió.

Teseo ignora que su víctima le aguardaba como a un liberador. Esa es la ironía del relato en la nueva versión: el minotauro deseaba la llegada del héroe, aunque su liberación sea la muerte. Tal vez Borges ha pensado, en algunos momentos al menos, que esa es la única salida del laberinto. De nuevo cito unas líneas de Guillermo Sucre: «La muerte restituye el orden en el universo dado que cumple con una clave secreta. Es decir, la vida (el laberinto) adquiere sentido a partir de la muerte misma (¿no decía también Malraux que la muerte convierte a la vida en destino?)».

Pero conviene recordar ahora el último relato de Borges sobre el mito clásico. Está en *Los conjurados*, se titula «El hilo de la fábula», y está fechado en Cnossos en 1984. Es decir, en la misma Creta y en el palacio descubierto por los arqueólogos e identificado con el atribuido a Minos y Dédalo.

Ahora, sin embargo, el viejo poeta, viajero feliz, acompañado por María Kodama en sus largos viajes, piensa menos en el Minotauro que en Teseo, vencedor del monstruo, pero destinado también a unas laberínticas aventuras. Veamos el relato entero:

El hilo que la mano de Ariadna dejó en la mano de Teseo (en la otra estaba la espada) para que éste se ahondara en el laberinto y descubriera el centro, el hombre con cabeza de toro o, como quiere Dante, el toro con cabeza de hombre, y le diera muerte y pudiera, ya ejecutada la proeza, destejer las redes de piedra y volver a ella, a su amor.

Las cosas ocurrieron así, Teseo no podía saber que del otro lado del laberinto estaba el otro laberinto, el del tiempo, y que en algún lugar prefijado estaba Medea.

El hilo se ha perdido; el laberinto se ha perdido también. Ahora ni siquiera sabemos si nos rodea un laberinto, un secreto cosmos, o un caos azaroso. Nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y un hilo. Nunca daremos con el hilo; acaso lo encontramos y lo perdemos en un acto de fe, en una cadencia, en el sueño, en las palabras que se llaman filosofía o en la mera y sencilla realidad¹³.

¹² G. Sucre, op. cit., págs. 137-38.

¹³ Este comentario me recuerda algunos breves relatos de Kafka, como el de «Prometeo», que Borges tradujo en su juventud. Véase el texto que recogí en mi *Prometeo: mito y tragedia* (Madrid, 1979), como una variante última del mito. La visita de Borges al palacio de Cnossos —o Knossos— acompañado por María Kodama, Ariadna y Lazarillo, no deja de ser un lance extraño y feliz del escritor obsesionado por el Laberinto.

Homero, «el hacedor»

En dos relatos de muy distinto corte evoca Borges a Homero. En *El Aleph* (1949) encontramos en el cuento misterioso de «El inmortal» la confesión de un erudito (Joseph Cartaphilus que ofrece a una princesa una curiosa edición de la *Iliada* traducida por Pope y deja en sus últimas páginas su manuscrito), que recuerda varias vidas anteriores, y que en una de ellas fue Homero («Yo he sido Homero; en breve, seré Nadie, como Ulises; en breve, seré todos; estaré muerto»). El argumento, complicado por las citas bibliográficas y peregrinas vicisitudes del narrador, remonta en lo fundamental a la metamorfosis pitagórica: tanto Pitágoras como Empédocles recordaban varias existencias anteriores. Pitágoras recordaba haber sido Euforbo en la Guerra de Troya. Borges envuelve la narración en un misterio propio, a la vez que con ironía insinúa el declinar del viejo Poeta en un oscuro erudito.

Otro tono tiene «El hacedor» (en el libro del mismo nombre, ya de 1960). Borges, ya definitivamente ciego, cuenta, en primera persona, la resignación del poeta griego a la ceguera, que le aparta de la acción heroica y le destina al oficio de cantor de ajenas gestas. Los tonos personales dan una singular melancolía al relato. Como la de Borges, la ceguera homérica es progresiva y lenta:

Gradualmente, el hermoso universo fue abandonándolo; una terca neblina le borró las líneas de la mano, la noche se despobló de estrellas. La tierra era insegura bajo sus pies.

Uno percibe las angustias de Borges. Pronto sólo en sus recuerdos podrá ver la luna de oro; pronto buscará en vano su rostro en los espejos. Esos obsesivos temores que tantas veces atestiguan otras páginas de Borges ya los debió de sentir el poeta griego. Su único consuelo es su destino poético:

Con grave asombro comprendió. En esta noche de sus ojos mortales, a la que ahora descendía, lo aguardaban también el amor y el riesgo. Ares y Afrodita, porque ya adivinaba (porque ya lo cercaba) un rumor de gloria y de hexámetros, un rumor de hombres que defienden un templo que los dioses no salvarán, y de bajeles negros que buscan por el mar una isla querida, el rumor de las Odiseas e Iliadas que era su destino cantar y dejar resonando cóncavamente en la memoria humana. Sabemos estas cosas, pero no las que sintió al descender a la última sombra.

Esa animosa resignación que en este relato breve se asigna al ciego Homero, la encontramos, como un eco distante y, sin embargo, muy cercano, en otro poema, llamado precisamente «El hacedor». Está en *La cifra*, y comienza así:

Somos el río que invocaste, Heráclito.
Somos el tiempo. Su intangible curso
Acarrea leones y montañas,
Llorado amor, ceniza del deleite,
Insidiosa esperanza interminable,
Vastos nombres de imperios que son polvo,
Hexámetros del griego y del romano...